

similar a lo que sucedía en el pasado: cómo las alianzas entre los poderosos ayudan poco a la formación de un país más igualitario. Yo sólo quisiera que, nada más por puro hastío, algún día cambiáramos la historia.

Luis Jáuregui

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora

ENRIQUE CÁRDENAS SÁNCHEZ, *Cuando se originó el atraso económico de México. La economía mexicana en el largo siglo XIX, 1780-1920*, Madrid, Fundación José Ortega y Gasset, 2003, 357 pp. ISBN 84-9742-198-1

Enrique Cárdenas ha escrito una brillante síntesis del desempeño de la economía mexicana en el periodo 1780-1920, superando con éxito las dificultades que se imponen a los trabajos de este género. En un equilibrio entre la revisión historiográfica y los matices interpretativos, hoy contamos con un texto que describe la dinámica económica de un largo siglo XIX en forma magistral.

Hace unos meses, un grupo de economistas se reunió con la intención de presentar sus reflexiones en torno a la pregunta ¿por qué no crecemos? Pocos de los participantes advirtieron que la respuesta a dicho interrogante tenía mucho menos que ver con la coyuntura económica de los años recientes y más con la historia económica de nuestro país. Una mirada a las cifras, si bien escasas, o sus aproximaciones, del crecimiento económico de fines del periodo colonial y la primera mitad del siglo XIX, seguramente nos llevará a preguntarnos también ¿por qué no crecimos?, o mejor aún ¿por qué no seguimos creciendo? Según Cárdenas, la calidad del crecimiento en los últimos 30 años de dominio colonial fue seriamente afectada por los crecientes re-

querimientos financieros que la corona española impuso a la Nueva España. Mayor carga fiscal aunada con la dislocación del mercado de crédito interno disminuyeron los fondos disponibles para aumentar la inversión de la minería y en consecuencia mantener o incluso elevar su productividad. Una crisis en el sector productor de medios de pago como lo era la minería platera novohispana, implicaba no sólo una caída sectorial, sino un impacto en el sector macroeconómico por el lado de la oferta monetaria. Así, los daños a la minería causados por la guerra de independencia se sumaron a una trayectoria de falta de inversión que había ya disminuido la productividad. En un régimen monetario metálico la oferta monetaria puede ser ampliada vía las exportaciones, pero este camino tampoco era viable, pues era precisamente la exportación de plata la principal fuente de divisas del país. Ésta parece ser la principal línea interpretativa de Cárdenas respecto a la duración del ciclo depresivo de la economía mexicana entre fines del régimen colonial y mediados del siglo XIX. Aunque no es la única.

Cárdenas nos presenta una dimensión de la economía política del crecimiento que complementa su interpretación de las variables estrictamente macroeconómicas. La conformación del Estado mexicano como una entidad fuerte con recursos financieros que le permitieran impulsar el desarrollo económico, o al menos no obstaculizarlo, fue un proceso constantemente atacado por los intereses regionales de la élite económica y de los grupos políticos quienes lograron derivar rentas de la inestabilidad política. Así, a pesar de la incertidumbre y el estancamiento de la economía, los agiotistas se beneficiaron de las altísimas tasas de interés cobradas sobre los préstamos al gobierno aunque no dejaron de reconocer el riesgo implícito en un esquema de esta naturaleza y de manera ocasional optaron por diversificar su cartera de inversión. Pero el efecto sobre las tasas de interés, y por tanto sobre la inversión, impidió el desarrollo de capitales

que sirviera de respaldo financiero al comercio, la industria y la minería.

Las amenazas externas tampoco ayudaron a disminuir la fragilidad económica. El gasto militar fue durante muchos años la causa más importante del déficit público. No obstante, la independencia de Texas y la subsiguiente pérdida de territorio frente a Estados Unidos fueron hechos tan traumáticos para la Nación que evitaron, según Cárdenas, nuevos desmembramientos a pesar de las amenazas de potencias extranjeras y de grupos regionales.

Durante los años en que la economía mexicana se mantuvo en el ciclo depresivo, las llamadas economías del Atlántico Norte crecieron impulsadas por los aumentos de productividad de la revolución industrial. Para Cárdenas fue precisamente en la primera mitad del siglo XIX donde se abrió una brecha entre nuestra economía y las del mundo desarrollado. En particular, con Estados Unidos la brecha se mantendría más o menos estable por cerca de un siglo. Sólo la década perdida de 1980 hizo que esta diferencia volviera a ampliarse. Así, en 1860 el ingreso *per capita* mexicano representaba sólo 59% del de Estados Unidos; cinco décadas más tarde, este indicador había disminuido a 29%; en 1992, el ingreso *per capita* en México había caído a menos de un cuarto del estadounidense.

Tan importante es responder a la pregunta ¿por qué México no logró romper el ciclo recesivo de la economía por cerca de cuatro décadas?, como lo es encontrar una respuesta a ¿cómo se recuperó el crecimiento? Con una historiografía mínima y escasísimos datos económicos confiables, es difícil obtener la precisión deseada. No obstante, Enrique Cárdenas sostiene que pese a la fragmentación económica que se había producido por el deterioro de los transportes y las comunicaciones, la férrea oposición a las autoridades centrales y el regreso a formas autárquicas como forma de sobrevivencia económica, en espacios locales y regionales, la economía mostró algunos signos de recuperación

hacia mediados de siglo que continuaron hasta la década de los años 1880. Por supuesto, ninguno de ellos fue continuo y sostenido, pero pronto rindieron sus frutos tanto para las finanzas públicas como para la inversión privada.

Como muchos autores, Cárdenas vuelve a insistir que la construcción de los ferrocarriles fue determinante para romper con el aislamiento y promover la integración de regiones antes inconexas. Si bien la llegada de los ferrocarriles parece tardía, Cárdenas argumenta que en el contexto de la economía mexicana el monto de capitales, los requerimientos técnicos que imponía la geografía y las conexiones con la red estadounidense propiciaron que la red ferrocarrilera pudiera ser una realidad hasta la década de 1880. Pero además de propiciar la integración del mercado nacional, fueron determinantes para disminuir el costo de transporte de las exportaciones. En efecto, los ferrocarriles no sólo sirvieron para llevar a puertos y fronteras metales preciosos, sino también metales industriales y otras materias primas que el mundo industrial demandaba. Del mismo modo, los ferrocarriles permitieron el acceso de productores nacionales a materias primas a menores costos. El crecimiento económico generó más ingresos al sector público, pero éstos parecieron ser insuficientes cuando el gobierno se planteó por primera vez desde el intento industrializador del Banco del Avío en la década de 1830 promover el crecimiento. La política de subsidios a las compañías constructoras de ferrocarriles aumentaron el déficit público a índices inmanejables, obligando al gobierno a la venta masiva de terrenos nacionales y a la hipoteca de los ingresos aduanales. Pero con la economía en expansión, el gobierno no estaba obligado a caer en manos de agiotistas ni mucho menos recurrir a prácticas confiscatorias. Al contrario, a mediados de 1880 se iniciaron las negociaciones para arreglar la deuda pública tanto interna como externa. Los pagos de esta última se hayan suspendidos desde fines de la década de 1820. La renegociación

de los pasivos internos y externos liberó a las finanzas públicas de los ciclos de endeudamiento excesivos y sentó las bases de políticas de promoción económica sustentadas en el apoyo selectivo a proyectos industriales, políticas proteccionistas y subsidios a la minería.

Además de los ferrocarriles, Cárdenas detalla el crecimiento en el ámbito sectorial durante el porfiriato. Crecieron las explotaciones mineras y se introdujeron innovaciones tecnológicas que permitieron mejor explotación de los minerales preciosos e industriales. La creación de bancos ocurrió como proceso paralelo a la expansión económica. Las regiones más dinámicas crearon los primeros bancos regionales, pero el crecimiento del sector financiero estuvo acotado por la regulación bancaria ejercida desde el gobierno. Los privilegios otorgados a Banamex y en menor medida al Banco de Londres y México generaron un esquema de competencia bancaria que rindió beneficios al gobierno, pero limitó el impacto del crédito bancario en el crecimiento industrial. Un número importante de establecimientos industriales modernos nacieron en el porfiriato. La producción de cerveza, cemento, acero, cigarros y textiles no apareció, pero sí se mecanizó y se elevó considerablemente la productividad, hasta el punto en que la producción nacional desplazó a las importaciones. Por supuesto, los industriales no sólo se beneficiaron de los apoyos gubernamentales, sino también de la protección cambiaria derivada de la depreciación de la plata en los mercados internacionales.

Pero el porfiriato fue además de un periodo de cambio económico uno de transformaciones institucionales. En la década de 1880 aparecieron los códigos de comercio y de minería, mientras que nuevas reglas sobre la actividad bancaria se materializaron en la ley de instituciones bancarias. Fue en la década de 1890 cuando se logró eliminar una traba fundamental para el comercio con la abolición de las alcabalas. Aunque no contamos con

estudios específicos sobre el impacto que sobre el crecimiento económico tuvieron estos cambios en el marco institucional, no deja de sorprender la conclusión de Cárdenas, que pone en tela de juicio su importancia para el crecimiento económico. Aquí una de las tantas líneas para investigación futura nos ofrece el autor de *Cuando se originó el atraso económico de México*.

¿Seguimos creciendo durante la Revolución? Sí y no, responde Cárdenas. El patrón de crecimiento no varía con el levantamiento armado inicial. Fue hasta la guerra civil propiamente dicha que las consecuencias económicas de la Revolución se hicieron palpables en los ritmos de crecimiento. Es cierto que la economía entró en un nuevo proceso de fragmentación por el dislocamiento de los sistemas de transporte y el control regional de las fracciones revolucionarias, pero también lo es que la producción de petróleo no detuvo su ritmo de expansión. Cárdenas insiste en los aspectos monetarios ocasionados en las múltiples emisiones de billetes de los grupos revolucionarios. La incapacidad de controlar la oferta monetaria convirtió al impuesto inflacionario en un abierto proceso de hiperinflación que sólo pudo ser frenado por el repudio del público a los "bilimbiques". Este fenómeno, señala Cárdenas, es único, pues implica una reversión de la ley de Gresham que postula que la moneda mala desplaza a la buena. En el caso mexicano los bilimbiques, papeles prácticamente sin valor, fueron sustituidos por monedas de oro y plata atesoradas por el público durante los primeros años de la Revolución. Reconstituir la estabilidad de las finanzas públicas, la confianza de inversionistas nacionales y extranjeros y definir el papel del Estado en la economía fueron procesos que ocurrieron después de 1920. Lo que sí ocurrió, argumenta Cárdenas, es que parte de esa reconstrucción fue posible gracias a que la planta física de la industria nacional no sufrió daños mayúsculos y que con viejas reglas del juego quedaron definidas otras nuevas en la Constitución de 1917.

Quisiera finalizar esta reseña con un tema que no encontré tratado explícitamente en el texto, y cuya importancia me parece indispensable para entender el desempeño económico de largo plazo. Me refiero a la distribución del ingreso. Junto al mito de la abundancia de recursos del país, Alexander von Humboldt también hizo una observación sobre la gran distancia entre los ingresos de las clases privilegiadas y los desposeídos. ¿Se agravó esta diferencia a lo largo del ciclo depresivo? ¿Mejóro en algo con la recuperación y crecimiento de fines del siglo XIX? ¿Fueron las reivindicaciones obreras y campesinas de la revolución suficientes para revertir la tendencia? Yo no tengo la respuesta pero creo que estas preguntas pueden ser fundamentales para mejor entender el crecimiento económico del siglo XIX.

El libro de Enrique Cárdenas ha cumplido con creces su objetivo de presentar una síntesis de la producción científica de las últimas décadas amalgamadas con líneas interpretativas propias. El mérito de armar un "rompecabezas" al que le faltan piezas o donde la nitidez de los colores no permite distinguir fácilmente la ubicación de algún tema hace del texto de Cárdenas un trabajo invaluable tanto para la docencia como para la investigación. La lectura de *Cuando se originó el atraso económico de México* será apreciada para los estudiantes que se interesen en entender el desempeño de la economía mexicana durante el largo plazo. A su vez, los especialistas habrán de apreciar la necesidad de indagar sobre nuevos temas, o bien probar nuevas hipótesis a la luz de la mirada de conjunto que encontramos en este libro.

Graciela Márquez
El Colegio de México